

Este libro corresponde al tomo 161 de la colección Travaux de l'Institut Français d'Études Andines (ISSN 0768-424X)

© Por el Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Plaza Francia 1164, Lima-Perú
Teléfonos: 330-74 10, 330-74 11
Telefax: 330-7405
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

ISBN: 9972-42-512-6 (rústica)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5220 (rústica)
ISBN: 9972-42-513-4 (tela)
No. de Depósito Legal: 1501052002-5221 (tela)

Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición, diciembre de 2002

Fotografía de solapa

Franklin Pease García Yrigoyen en el decanato de la Facultad de Letras de la Pontificia Universidad Católica del Perú, en noviembre de 1998. Archivo Franklin y Mariana Pease.

Fotografías de carátula

Peruviae Auriferae Regionis Typus (1574), Diego Méndez. Biblioteca Nacional del Perú
Don Felipe Túpac Amaru I (siglo XIX), Anónimo. Museo Nacional de Arqueología,
Antropología e Historia del Perú

El Inicio de la Procesión (siglo XVII), Anónimo

La Procesión del Corpus Christi en el Cuzco. Arzobispado del Cuzco (Fotografía: Daniel Giannoni)

Chaco de vicuñas (detalle). *Trujillo del Perú (siglo XVIII)*, Baltasar Jaime Martínez Compañón (Fotografía: Daniel Giannoni)

Descensión de la virgen al lugar sagrado del Sunturhuasi, Anónimo. Iglesia del Triunfo, Catedral del Cuzco (Fotografía: Colección Privada)

FLORES ESPINOZA, Javier F., ed.
El hombre y los Andes. Homenaje a Franklin Pease G.Y./
Javier Flores Espinoza y Rafael Varón Gabai, eds.--
Lima: PUCP, 2002.

/PEASE GARCÍA YRIGOYEN, FRANKLIN/BIOGRAFÍAS/BIBLIOGRAFÍAS/
POBLACIÓN INDÍGENA/INDÍGENAS/ CONQUISTA/COLONIA/
ETNOHISTORIA/HISTORIOGRAFÍA/ICONOGRAFÍA/ETNOGRAFÍA/
ARQUEOLOGÍA/ANTROPOLOGÍA/HISTORIA/PERÚ/COSTA/SIERRA/
HISTORIA DEL ARTE/HISTORIA ECONÓMICA/HISTORIA DEMOGRÁFICA/
LINGÜÍSTICA/CRÓNICAS/

Notas sobre la historiografía económica en el Perú

EN ESTE ARTÍCULO enfoco el desarrollo que ha tenido la historia económica como rama de la historiografía peruana, distinguiendo etapas en su evolución y anotando las características, autores y trabajos representativos que las han marcado.¹ Puesto que mi intención es encuadrar este breve estudio dentro de lo que fue una de las preocupaciones más constantes de Franklin Pease —el derrotero de la historiografía peruana—, se han dejado de lado los trabajos sobre la historia económica peruana producidos por extranjeros no afincados en el país.² Sin embargo, sí se tomarán en cuenta sus influencias, sin duda grandes, sobre la producción de los historiadores peruanos.

Desde hace varios años no se realiza un balance de los estudios de historia económica en el Perú. Con ocasión de un Congreso Nacional de Investigación Histórica realizado hace algo más de quince años, algunos autores convocados por Heraclio Bonilla efectuaron algunos balances de la historia económica peruana según temas y períodos (Bonilla, ed., 1986). Retrocediendo todavía más en el tiempo ubicamos el artículo de Shane Hunt y Pablo Macera (1977) sobre el siglo XIX (que ha circulado muy poco en el Perú), y el artículo de Pablo Macera “La historia económica como ciencia en el Perú”, publicado originalmente en 1970 y luego in-

- 1 De ningún modo este artículo pretende realizar una enumeración exhaustiva de la historiografía económica peruana. Se citan sólo ciertos autores y libros, en función de su carácter más representativo (a juicio mío, desde luego) de algunas tendencias, por haber tenido una mayor difusión, o sencillamente por ser más asequibles.
- 2 La sensibilidad de Franklin Pease por la historiografía peruana se manifestó en sus cursos en la Universidad Católica, en varias de las tesis de sus alumnos, y asimismo en varios de sus libros. En éstos, el “estado de la cuestión” sobre el tema encarado era siempre una clase magistral en torno a la historiografía sobre el tema. En sus últimos trabajos de síntesis de la historia del Perú republicano (1993a y 1995b) puede advertirse su generosa erudición y dominio de la bibliografía histórica peruana, la que siempre prefirió presentar como una bibliografía comentada, antes que meramente enumerativa.

cluido en sus *Trabajos de historia*, editados por el INC en cuatro volúmenes (1977, I: 21-69).

El ensayo de Macera fue preparado en un momento en que comenzaba la eclosión de los estudios de historia económica en el Perú; una coyuntura en la que escribir una historia con pretensiones académicas pasaba de manera casi obligada por escribir historia económica y social (en ese orden). Las reseñas de Efraín Trelles y Christine Hünefeldt compiladas por Heraclio Bonilla en el volumen antes citado, precisamente pudieron dar cuenta de los importantes avances realizados en los campos de la historia económica colonial y del siglo XIX en los tres lustros transcurridos desde la primera aparición del ensayo de Macera. Casi huelga decir que en 1984, cuando aquellos balances se presentaron y discutieron, el ensayo de Macera aparecía súbitamente desactualizado. Hoy nos hallamos en una coyuntura diferente, en la que son otras corrientes y temas, más ligados a la historia política y cultural, los que distraen a los historiadores, de modo que los estudios de historia económica se hallan en un momento más bien débil (aunque creemos que la situación podría variar pronto, punto sobre el que volveremos al final).

Resulta desde luego discutible fijar el inicio cronológico de los estudios de historia económica en el Perú. Pablo Macera, en el artículo ya mencionado, fijó su origen en la segunda mitad del siglo XVIII, con las reflexiones de hombres como Feyjóo de Sosa, Bravo de Lagunas o Ignacio de Lequanda, acerca de la agricultura, el comercio y la fiscalidad del país en esa coyuntura. Pero estos trabajos no eran piezas historiográficas, sino indagaciones (profundas y competentes) acerca de cuestiones económicas absolutamente contemporáneas a sus autores. Otros han remitido el origen a épocas más recientes, como las décadas de 1920 o 1970, cuando aparecieron sus propios trabajos o los de sus maestros inmediatos, demostrando con ello una perspectiva temporal muy pobre (defecto que para un historiador viene a ser algo así como el cuchillo de palo en casa del herrero).³

Los fundadores

Desde una perspectiva tal vez más cercana a la economía que a la historia, quisiera arriesgar una fecha más o menos precisa para el inicio de la historia económica peruana, e incluso también a un autor y una obra. La fecha correspondería a los años finales del siglo XIX, siendo el libro los *Estudios económicos y financieros y ojeada sobre la hacienda pública del Perú y la necesidad de su reforma* (Lima, 1895) de José Manuel Rodríguez, un clarísimo hito fundador. Rodríguez no era un historiador profesional (nadie lo era propiamente en ese momento, pero sí existían figuras reconocidas como tales y que eran catedráticos universitarios, como José Toribio Polo, Carlos Wiese o Javier Prado), sino más bien un economista que ocupaba un alto puesto en la burocracia del emergente estado peruano de la post-

3 Aunque no ceñidos estrictamente a la historia económica, fueron de este tenor los balances publicados por Baltazar Caravedo (1976a) y Heraclio Bonilla (1980). Este último generó una polémica en la que participaron Franklin Pease, Manuel Burga y Alberto Flores-Galindo, que se desarrolló en el número 5 de *La Revista* (Lima, 1981), la misma donde dos números atrás había aparecido el artículo de Bonilla.

guerra con Chile.⁴ No contamos con una biografía de este hombre que nos permita conocer más sobre su formación intelectual, sus maestros y circunstancias personales.⁵ Su libro de 1895 no ha sido valorado por la historiografía en todo lo que vale, al punto que no ha merecido ninguna reedición. Se trata de un volumen de quinientas páginas, de las cuales la mitad están dedicadas a la historia del sistema tributario en el país, con un énfasis especial en la política aduanera. La otra mitad versa sobre las ideas económicas en las que basa su trabajo, cumpliendo con ello una labor de difusión de las ideas económicas en ese momento en boga (aparte de las referencias a los “clásicos” como Smith, Ricardo y Say, Rodríguez cita a autores franceses como Garnier, Bastiat, Molinari y Coquelin, seguramente como resultado de la docencia de Pradier Foderé en la Universidad de San Marcos), y presentando su programa de reforma fiscal para el país.

El libro de Rodríguez es, pues, tanto un libro de economía como un libro de historia. Su análisis del sistema tributario peruano hace una revisión cuidadosa e inteligente del período que va desde la independencia hasta la Guerra con Chile; aporta, además, una sólida base cuantitativa, sobre la que luego se han basado muchos análisis de historia económica. El autor, quien se desempeñaba como director de aduanas en el Ministerio de Hacienda, continuó luego los monumentales *Anales de la hacienda pública del Perú*, que Pedro Emilio Dancuart había publicado en sus diez primeros volúmenes. Con Rodríguez la serie alcanzó un total de 24 volúmenes, aparecidos entre 1905 y 1926. Dancuart era otro funcionario del Ministerio de Hacienda; se desempeñó como visitador fiscal durante el gobierno de Cáceres de la postguerra y fue luego director de la aduana del Callao, la más importante de la república.

Los *Anales*... fueron una suerte de continuación del espíritu plasmado en el primer libro de Rodríguez de 1895. En ellos sus autores prolongaron, tanto hacia atrás como hacia delante, el análisis de la vida económica del Perú a través de su aparato fiscal. Retrocedieron hasta la época colonial, estudiando su esquema tributario e ideas económicas, y avanzaron hasta la revolución de 1895, completando así tres siglos y medio de historia financiera peruana. A despecho de su modesto título, los *Anales*... no son sólo una crónica anual de la vida fiscal del país. Ellos incorporan juicios de valor, análisis causales y comentarios sobre lo que hubiera sido factible y/o preferible. Quien haya revisado los tomos de la *Historia de la República* de Jorge Basadre y luego los de Dancuart y Rodríguez, puede dar fe de cuánto le debe la celebrada obra del historiador tacneño al esfuerzo de estos dos pioneros de la historia económica peruana. Casi toda la parte económica del libro

4 Tampoco existía propiamente el título de Economista en el país (a gente como Rodríguez y Dancuart se les llamaba “financistas”), aunque en la década de 1870 Pradier Foderé había venido de Francia para fundar la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas en la Universidad de San Marcos, en la que se dictaron los primeros cursos de economía y se habría formado Rodríguez.

5 Sabemos que nació en la provincia de Otuzco, en la sierra del departamento de La Libertad, en 1857, y que habría fallecido en la década de 1920. Fue un financista autodidacta, aunque probablemente tomó cursos libres en la Universidad de San Marcos. Se inició en la carrera pública como auxiliar en la Comisión de Presupuesto del Ministerio de Hacienda. En el siglo XX llegó a integrar el Congreso de la República. Debo estos datos a José Ragas.

de Basadre, en la parte correspondiente al siglo XIX, está basada en los *Anales*. Cada volumen de éstos lleva anexo un conjunto sustancioso de documentos con los que respaldan sus afirmaciones. Gracias a ello lograron salvar valiosas informaciones para la historia, ya que una parte de esos documentos se perdió luego por la acción de incendios, robos o descuidos.

Rodríguez no sólo merece el título de fundador de la historia económica en el Perú, sino que también puede ser considerado nuestro primer economista.⁶ De hecho, en 1896 fundó una revista bajo el sugestivo título de *El Economista Peruano*, que se publicó —con irregularidades— durante un cuarto de siglo, hasta la fecha de la muerte de Rodríguez, ya que él no solamente era su inspirador, sino asimismo su director, editor y en algunos números casi su único redactor.

Una golondrina no hace un verano ni Rodríguez solo, a pesar de todo su empuje, fundó la historia económica en el Perú. De hecho hubo predecesores importantes como Luis Esteves, autor de un libro de 1882 titulado precisamente *Apuntes para la historia económica del Perú*, pero sus trabajos no tuvieron el rigor ni el brillo de aquel. También hubo acompañantes y seguidores. Además de Dancuart podemos citar a Alejandro Garland, quien fue Director del Ministerio de Fomento, creado en 1896, y autor de varios trabajos sobre la economía peruana, entre los que destacan sus valiosos anuarios aparecidos desde 1902, bajo el título de *El Perú en 1902* (luego iría cambiando el año), con copiosa información estadística (de la primera que aparecía en el Perú) e interesantes análisis retrospectivos de los renglones de la economía nacional. Asimismo a Hernando de Lavalle, Pedro Dávalos y Lissón —cuya obra *La primera centuria*, aparecida en cuatro volúmenes entre 1921 y 1926, realiza una detenida reseña de los avatares económicos del primer siglo republicano, basada en las *Memorias* de varios de los ministros de hacienda del país—, Luis Miró Quesada y Alberto Ulloa, pioneros en los estudios sobre el trabajo.

Esta brillante generación, a la que podríamos llamar la de los “pioneros” o “fundadores” de la historia económica, se cerró a finales de los años veinte con los trabajos de César Antonio Ugarte, *Bosquejo de la historia económica del Perú* (1926) —que es poco más que unos apuntes de curso universitario, cuyo valor reposa en ser un testimonio de que ya se dictaban cursos de la materia en la universidad—, y José Carlos Mariátegui, quien en sus mundialmente famosos *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), incluyó uno sobre “La evolución económica”, que probablemente haya sido el de mayor influencia posterior.

La aparición de esta vigorosa generación de fundadores de la historia económica (y de la propia economía nacional) tuvo que ver con la difusión del positivismo en la cultura peruana, una corriente intelectual que creía en la posibilidad de establecer “las leyes” del funcionamiento de las sociedades humanas. Rodríguez, como Dancuart o Ulloa, creía que la economía se regía por leyes, y que de su

6 Los economistas peruanos, lamentablemente han mostrado muy poca sensibilidad por construir la historia de su propio pensamiento y tradición. Una excepción fue el interés de Carlos Camprubí (1957) por la figura de José Payán. Un libro reciente sobre la historia de las ideas económicas en el Perú es el de un historiador norteamericano, Paul Gootenberg (1994, traducido y publicado en castellano en 1998).

conocimiento y cumplimiento pendía el bienestar de los pueblos. “Propagar las ideas económicas es promover la prosperidad de una nación”, señalaba José M. Rodríguez en el prólogo de su libro de 1895. Examinaron el pasado peruano con el afán de comprobar lo errado de las políticas económicas aplicadas y, penetrados de una de las características propias del positivismo —la cuantificación— se esforzaron por establecer series cuantitativas de la producción, los ingresos fiscales o el comercio desde el tiempo de la independencia. El positivismo dio a luz un nuevo tipo de intelectual en el Perú. Médicos, ingenieros, geógrafos, sociólogos y economistas rompieron el monopolio que sobre el saber (y sobre todo el qué hacer) tuvieron antes teólogos, literatos y filósofos. Fue natural que en el campo de la historiografía ocurriera también un cambio, aunque en esta generación todavía no se dio una confluencia entre los historiadores clásicos o literarios y los económicos y positivistas. Sería recién en la siguiente generación que los historiadores incursionarían por sí mismos en los temas económicos.

En la aparición de la historia económica peruana también influyó la crisis económica y moral en la que se sumió el país con la derrota en la Guerra del Pacífico. Como en toda gran conmoción nacional, se despertó un gran interés por examinar con ojos críticos la trayectoria del país, y con más ahínco todavía al pasado inmediato: la era del guano, el caudillismo posterior a la independencia, las decisiones de los libertadores. Todos querían saber por qué a Chile, que en varios sentidos había sido una suerte de colonia peruana hasta el siglo XVIII, le había ido mejor que a nosotros en seis décadas de vida republicana. ¿En qué habíamos fallado? ¿Qué habíamos hecho mal que todavía pudiera corregirse? Este ánimo, de interés pero a la vez de sentido crítico sobre el pasado, sensibilizó a todos por pensar sus problemas desde un enfoque histórico. En las postrimerías del siglo XIX era evidente que aquello que aparecía como nuestros grandes problemas nacionales —el centralismo, la cuestión indígena, el atraso económico— eran el resultado de un curso histórico sobre el que podía actuarse, a condición de ubicar con precisión quirúrgica al hueso fracturado o el tejido canceroso. Por eso no sorprende que nuestros primeros economistas, como los mencionados arriba, hurgaran, incluso con morbosidad, en el pasado nacional.

Es difícil descifrar la imagen del país que resultó del trabajo de hombres tan disímiles como los citados. Pero puede decirse que emergió claramente la imagen de un país atrasado en el terreno económico y dependiente, a pesar de su aislamiento geográfico, de las grandes corrientes del comercio internacional. Hoy eso nos puede parecer elemental y de Perogrullo, pero no lo era en su momento, cuando habíamos vivido el mito de un país feraz, bendecido por la naturaleza o la mano de Dios. Las características impuestas al país durante el período colonial fueron juzgadas como oscurantistas y deshonorosas, y finalmente enjuiciadas como factores decisivos en el atraso económico. La pesada herencia hispana habría convertido a la raza nativa en una población degradada y servil, y a la élite criolla en una capa de señoritos rentistas, adversos a la inversión y el trabajo manual.

La constatación de ir a la zaga en el progreso económico propició un espíritu de apertura e integración con los países más avanzados, de quienes podía esperarse la transferencia de tecnología, capital e incluso de hombres que sirvieran como un cable tendido al que sujetarnos. Esperaban que la inmigración europea traería al

Perú una población libre de las taras del coloniaje⁷. Esta actitud, sin embargo, no llevó al descuido de la forma como debía operarse esa integración, a fin de que fuera beneficiosa para la economía nacional. Así, ya desde entonces hubo críticas al modelo de crecimiento basado en las exportaciones de materias primas y que no apuntalaban un desarrollo industrial.⁸ Las experiencias de la época colonial con la minería de plata y del siglo XIX con la extracción del guano, bastaron para enseñarles los peligros de una economía especializada sólo en la exportación de bienes primarios. La evaluación hecha por esta generación de la opulencia despilfarrada durante los años del guano y de la corrupción que la acompañó, indujo a las elites a la moderación en el gasto público y a practicar una política de respeto por lo que se consideraba eran “las leyes de la economía”.

La depresión

Tras la crisis mundial de 1929 y la famosa *depresión* que fue su consecuencia, y hasta los años sesenta, la combinación de historia y economía que tan promisoría había asomado en la postguerra con Chile, se volvió más tenue. Los economistas hicieron tienda aparte y sus principales y todavía escasos cultores (Rómulo Ferrero, Bruno Moll, Emilio Barreto, Pedro Beltrán) no tuvieron el sano interés por la historia de sus predecesores. O en todo caso no esperaban, como sí lo habían hecho los hombres de la generación previa, que de la indagación histórica se desprendiesen lecciones para las políticas a aplicar. Cabe destacar, no obstante, los estudios de economistas o abogados como Emilio Romero, quien presentó en 1949 un primer balance sólido de la *Historia Económica del Perú* a lo largo del período colonial y republicano; de Emilio Barreto y Bruno Moll (1943) sobre el proceso de la moneda; de Carlos Camprubí (1957, 1960-61 y 1964) en torno a los bancos y la crisis de los años treinta; y de Manuel Moreyra acerca de la moneda colonial y las cifras de producción de la plata.⁹

Historiadores profesionales como Jorge Basadre y Guillermo Lohmann Villena incursionaron en temas de historia económica, emitiendo artículos y libros en torno al trabajo minero (Basadre 1937b, 1945), la minería de Huancavelica, los bancos del siglo XVII y los empresarios coloniales (Lohmann 1949, 1966a y 1968). Esta generación ha sido a veces criticada por haber esquivado los temas más candentes de la historia económica y social inmediata (por ejemplo, en Macera 1974), pero esas incursiones en la historia colonial —tan valiosas en sí mismas que hasta ahora perduran— eran una tarea pendiente dejada por la generación anterior, que

7 Como respuesta a este planteamiento, el gobierno peruano promulgó en 1893 una Ley de Inmigración muy promotora para el arribo de europeos de “raza blanca”, pero que no logró grandes resultados.

8 Estas ideas fueron difundidas incluso antes de la Guerra con Chile, según la investigación realizada por Paul Gootenberg (1998). Véase también Nils Jacobsen (2002).

9 Los estudios de Manuel Moreyra Paz Soldán fueron compilados en 1980 bajo el título de *La moneda colonial en el Perú*, y en 1994 en dos volúmenes, bajo el de *Estudios históricos*. Moreyra también colaboró con la edición de documentos, junto con historiadores profesionales como el español Guillermo Céspedes del Castillo, y dirigió por varios años la *Revista Histórica* de la Academia Nacional de la Historia.

se había limitado al período republicano, y en cierta forma una prolongación lógica de sus esfuerzos. Debido a su contacto con la documentación colonial y la difusión que hicieron de la misma, estos historiadores comenzaron a poner en tela de juicio la famosa “leyenda negra” sobre el coloniaje español, difundida por la historiografía del siglo XIX, por lo que fueron motejados después como los creadores de una “leyenda rosa”.

Un cultor de la historia económica moderna podría echar en falta la ausencia, no digamos ya de “teoría” económica, pero sí de algunas nociones sobre economía en esos trabajos. Incluso en los de hombres como Moreyra, a quien su labor en el Banco Central de Reserva pondría en contacto cotidiano con el discurso económico. Probablemente el estudio de una época tan distante del presente, como eran los siglos XVI y XVII, y con instituciones de faz tan coercitiva y que tan poco tenían que ver en consecuencia con “el juego del mercado”, como la *mita* minera o los “repartos mercantiles”, disuadieron los intentos que pudo haber habido en ese sentido.

Finalmente, podríamos decir que los relativamente bonancibles años cuarenta y cincuenta en materia económica para el Perú, con los precios de varias exportaciones en alza y la aparición de la harina de pescado como un rubro nuevo y promisorio de nuestras ventas al exterior, no impulsaron un análisis del pasado más punzante e inmediato.

Los gloriosos años setenta

A finales de los años sesenta despegó, no obstante, una nueva y pujante historiografía económica. Los artículos de Pablo Macera acerca de la economía agraria y las ideas económicas en el siglo XVIII, con una talentosa combinación de sentido económico común y destreza en el juicio historiográfico y en el manejo del lenguaje, coincidieron con las agudas preocupaciones en torno a la cuestión agraria que en esos años comenzaron a agitarse en el Perú, hasta desembocar en la célebre Reforma Agraria de 1969.¹⁰ En la misma época comenzaron a aparecer también los trabajos de Virgilio Roel Pineda (1970, 1971), que aunque de análisis algo bastos y sin citar sus fuentes, se desplegaban a lo largo de la época colonial y el siglo XIX y tuvieron una enorme difusión en las universidades públicas y de provincias. Así como también los de Heraclio Bonilla (1967-68, 1974, 1977; Bonilla y Spalding 1972) y Ernesto Yepes del Castillo (1972), acerca del comercio exterior y las finanzas públicas en el siglo XIX, publicados por el Instituto de Estudios Peruanos. Incluso un historiador de la generación anterior, como Guillermo Lohmann, sensible a las nuevas preocupaciones, produjo un importante artículo (1966a) acerca de uno de los temas que ahora concitaban la atención historiográfica, como era el movimiento de los precios, y otro sobre la discutida “crisis del siglo XVII” (1976a).

En la segunda mitad de los años setenta, la historia económica alcanzó sus mejores horas en medio de un régimen militar que proclamaba estar labrando la inde-

10 Los artículos de Macera aparecieron como folletos de escaso tiraje o en revistas muy diversas, pero luego han sido compilados en sus antes-mencionados *Trabajos de Historia* (1977). Es en el tomo III donde se han reunido los de tema económico agrario del siglo XVIII, dedicados sobre todo a la agricultura de los jesuitas.

pendencia económica del Perú, con los trabajos —además de los ya mencionados en el párrafo anterior— de Baltazar Caravedo (1976b y 1978) y Alberto Flores Galindo (1977), a los que pronto se sumarían los de Manuel Burga y Wilson Reátegui (1981), Javier Tord y Carlos Lazo (1981), Rodrigo Montoya (1980), Javier Tantaleán (1983), Gonzalo Portocarrero (1983), Efraín Trelles (1983) y Luis Miguel Glave y María Isabel Remy (1983).¹¹ Estos trabajos incursionaron sobre todo en el tema de la historia económica regional, tratando de hallar los ritmos y motores propios de cada espacio del territorio nacional.¹² Caravedo y Flores-Galindo estudiaron así la formación de la burguesía arequipeña a lo largo de los siglos XVIII-XX; Burga y Reátegui investigaron un tema muy característico de esta generación, como fue la articulación entre el capitalismo y el precapitalismo a través de las peculiares transacciones mercantiles que terminaban imbricando a los pastores aimaras de las punas con el mercado internacional de las lanas. Montoya trazó un esquema de regiones transversales que dividían el país de norte a sur, en territorios articulados en torno a un puerto que comunicaba la producción regional con el resto de la economía, e investigó con detalle el eje Lomas-Nazca-Puquio-Chalhuanca.¹³

Fundáronse revistas como *Análisis*, dirigida por Ernesto Yepes, e *HISLA*, por Heraclio Bonilla. El desarrollo alcanzado por la historiografía económica en el Perú llevó a los editores de esta última revista a pensar que desde el Perú podía difundirse una publicación cuyo ámbito fuera no solamente el peruano, sino el de toda América Latina. Ambas publicaciones sirvieron de tribuna a esta generación.¹⁴

Fue la época en que no había facultad universitaria que no tuviese un curso de historia económica, o de historia económica y social, al punto que como no había suficientes historiadores para dictar tantos cursos, o los que existían carecían de credenciales en “el nuevo enfoque”, fueron convocados para ello científicos sociales de otras disciplinas. Entre los mismos autores que hemos mencionado antes, había varios que originalmente provenían de otras disciplinas: Bonilla y Montoya de la antropología; Portocarrero, Glave y Remy de la sociología; y Tantaleán y Caravedo de la economía. Aunque en su momento fue resistida y resentida por los historiadores puros y originarios, esta “migración interna” contribuyó a mejorar el status de la historia como un punto de convergencia entre las ciencias sociales y las humanidades, y enriqueció sus enfoques.

11 Cabría también incluir aquí el pionero trabajo sobre los obrajes publicado en 1964 por Fernando Silva Santisteban, un tema que luego fue continuado por Miriam Salas (1979 y 1998).

12 En 1983 apareció también el libro de Carlos Palacios Moreyra sobre *La deuda anglo peruana 1822-1890*, volcado al género que podríamos llamar de la diplomacia económica, y en verdad no muy comprometido con los postulados dependentistas que más abajo bosquejaremos.

13 Alejandro Reyes (1999) recientemente aplicó el modelo del eje transversal a la región del norte: Piura-Chachapoyas-Moyobamba-Lamas-Maynas, para finales de la época colonial.

14 La revista *Análisis* apareció en 1977 y logró publicar catorce números hasta 1990, cuando dejó de salir. *Hisla. Revista Latinoamericana de Historia Económica y Social* comenzó a publicarse en 1983, dando a luz también catorce números hasta 1989. Aunque no volcadas a la historia económica, por esas mismas fechas aparecieron también la revista *Histórica* de la Universidad Católica (1977), bajo la conducción de Franklin Pease, y la *Revista Andina* del Centro Bartolomé de Las Casas (1983).

Aunque nuestro interés se restringe a los historiadores peruanos, es importante destacar para este período la influencia que tuvo sobre ellos la labor de investigación y docencia desarrollada en el país desde los años sesenta por historiadores o economistas extranjeros como John V. Murra, Carlos S. Assadourian, Magnus Mörner, John Fisher, Shane Hunt, Ruggiero Romano, Florencia Mallon, Steve Stern, Rosemary Thorp y Dirk Kruijt, por citar algunos. Libros de historiadores o economistas traducidos al castellano, como los de Peter Klarén (1976 [1970]) acerca de la formación de las haciendas azucareras; John Fisher (1977b), sobre la minería del siglo XVIII; Nathan Wachtel (1976), acerca de la economía de la conquista y el significado de la crisis demográfica y el tributo indígena; Rosemary Thorp y Geoffrey Bertram (1985), sobre el lado moderno de la economía del siglo XX; o escritos directamente en castellano, como los de Juan Martínez Alier (1974) y José María Caballero (1981), sobre las transformaciones de la economía agraria de la sierra en el siglo XX, estimularon las investigaciones locales sobre temas similares u otros conexos.

El empuje que alcanzó la historia económica en esta nueva etapa de su evolución tuvo que ver asimismo con la aparición del fenómeno de las becas de estudios en el exterior. Las largas estadías en el Archivo de Indias de Sevilla gracias a ocupaciones diplomáticas, de que disfrutaron antes de 1970 intelectuales como Víctor Maúrtua, Guillermo Lohmann o María Rostworowski, fueron reemplazadas por estadías más cortas, pero también más intensivas en lo académico (ya que iban orientadas a la obtención de doctorados universitarios) en Francia, y en menor medida Inglaterra. La influencia del marxismo de Pierre Vilar, junto con la corriente de los *Annales* de Ruggiero Romano, Nathan Wachtel y Georges Duby, convergió con el clima anti-oligárquico y revisionista que había levantado la intelectualidad peruana de la generación del cincuenta, para producir una visión crítica y novedosa del proceso económico peruano.

Ésta recogía la constatación de la primera generación de historiadores económicos, de ser el Perú un país con un grado importante de atraso económico, pero no creía, como ella, que eso se debiese al aislamiento frente a la economía mundial o a la falta de inversión e inmigración extranjera en las zonas y renglones adecuados. Al contrario, había sido el contacto, excesivo y sobre todo *desigual*, con la economía de las naciones más avanzadas, lo que había no sólo atrasado, sino además *deformado* nuestro organismo económico. En uno de los trabajos más valiosos de esta generación, Pablo Macera (1971, incluido en 1977), por ejemplo, creó el concepto de “feudalismo colonial”. Igual que Mariátegui en 1928, partía de la idea de asimilar nuestro pasado colonial a un estadio “feudal”, pero añadía que no se trataba de que el feudalismo hubiese llegado al Perú como un aporte de los conquistadores y colonos españoles, yuxtapuesto así a nuestro estatus colonial. Tanto el carácter *feudal* como el *colonial* se determinaban mutuamente en el Perú de los siglos XVI al XVIII, de modo que era la situación colonial la que traía aparejada como una exigencia el hecho feudal, y viceversa.

De la *mala* relación con la economía mundial dominante había emergido nuestra naturaleza de país *primario, exportador y dependiente*. Una vez que la metrópoli española nos asignó el rol de país exportador de plata durante la temprana época colonial, las cartas parecieron echadas para siempre y yacimos encasillados como

un lugar productor de materias primas para el mercado mundial. Éstas podían variar —como de hecho la plata fue reemplazada en el siglo XIX por el guano y el salitre, y al final de esa centuria por el cobre y el azúcar, y más tarde, ya en el siglo XX, por el petróleo, el algodón y la harina de pescado— e incluso diversificarse, como ocurrió hacia 1900, cuando exportábamos masivamente unos seis productos a la vez, pero todos, lamentable y dolorosamente, *primarios*.

Esa orientación “hacia fuera” de nuestra economía, había descuidado la constitución de un mercado interno (un concepto caro a los historiadores marxistas) sobre el que pudiera cobijarse una industria de bienes finales. Se formaron, en cambio, economías regionales dispersas e inconexas, articuladas cada una en torno a sectores de exportación más o menos fugaces. En la medida en que el estado estuvo controlado por la burguesía *colaboradora*, aliada de la dominación imperialista externa, la política económica aplicada en el país había favorecido los intereses de los exportadores (que en el siglo XX fueron con frecuencia compañías extranjeras), perjudicando los afanes de una incipiente burguesía industrial. En *Guano y burguesía en el Perú* (1974), Bonilla ubicaba los orígenes de la plutocracia peruana en el comercio del guano, y mostraba cómo ese proyecto había fracasado a pesar de haber puesto el estado peruano todo lo necesario —reformas liberales, trabajadores importados y dinero físico inclusive, a través de la consolidación de la deuda interna— para hacer de esa aristocracia del dinero una clase burguesa que nos pusiese en el camino de la revolución industrial. La plutocracia “traicionó su rol histórico”, dirigiéndose, no a la inversión productiva, sino a la especulación financiera o el consumo ostentoso.

Siguiendo aquella interpretación, bastante identificada con la conocida “teoría de la dependencia” latinoamericana, se encontraba que en los momentos de mayor contacto con la economía capitalista mundial, hubo más subdesarrollo y deformación de la economía en la periferia, y viceversa: a menor relación con la economía capitalista mundial, hubo un mayor desarrollo de la economía “hacia adentro”, floreciendo las perspectivas de un desenvolvimiento económico sano: capitalista al fin, pero de tipo industrial y con mayor integración social y una mejor distribución del ingreso. Durante el siglo XVII, cuando la metrópoli española relajó los cables de la dominación colonial; o después de la Guerra con Chile, cuando la crisis nacional nos apartó por algún tiempo del mercado mundial; o durante los años treinta y cuarenta, cuando el *crack* del 29 y la Segunda Guerra Mundial dejaron en relativa orfandad, pero también albedrío, a los países “periféricos”, habría operado en la economía del país un movimiento casi natural hacia el mercado interior, la sustitución de importaciones y la formación de una burguesía industrial.

Algunos libros emblemáticos de este enfoque aparecieron todavía a finales de los años ochenta, como los de Nelson Manrique (1987) sobre la sierra central, y Enrique Amayo (1988) sobre la guerra con Chile.¹⁵ En ambas obras se presentaba la realidad de una economía capitalista emergente en el país, ya en un escenario regional, la sierra central (en el caso de Manrique), o a escala nacional (en el caso de

15 Enrique Amayo realizó sus estudios de postgrado en Inglaterra y Estados Unidos; posteriormente se ha afincado en el Brasil, donde es profesor en la Universidad de Sao Paulo.

Amayo). Sin embargo, el despegue de esta nueva economía quedó truncado al poco tiempo por la Guerra con Chile, acontecimiento infausto que venía a devolvernos a nuestro histórico rol primario exportador. Esta guerra provocó, en el caso de la sierra central, la quiebra de los empresarios ganaderos y mineros locales y su reemplazo posterior por capitalistas de Lima o empresas extranjeras que carecían de un proyecto nacional de desarrollo, y dismantelaron toda posibilidad de una producción con mayor valor agregado. En el caso del trabajo de Amayo, la derrota en la guerra, con la consiguiente pérdida de los yacimientos de salitre, privó a la burguesía peruana de la que era su más importante fuente de acumulación de capital, en un momento en que ésta había cobrado conciencia de la importancia de controlar esa fuente de acumulación y había nacionalizado los yacimientos e instalaciones.

Con sus obras, esta generación “dependentista” produjo un enorme avance en el conocimiento de los sectores de exportación mineros (Deustua 1986), agrícolas (Burga 1976; Macera 1977, III y IV), ganaderos (Flores Galindo 1977; Manrique 1987) y forestales (Flores Marín 1987), cuyo papel, como fue advertido pronto, fue mucho más complejo que el de los clásicos “enclaves” imperialistas.¹⁶ En buena parte gracias al apoyo de especialistas y archivos extranjeros, se logró la reconstrucción estadística de la llamada “economía hacia fuera” para los siglos XIX y XX. El eclipse del socialismo real, del modelo cepalino de planificación del desarrollo e industrialización por sustitución de importaciones y el arribo a la historiografía de las corrientes postmodernistas, que ponían en cuestión la posibilidad de una historia *objetiva* y lanzaban a la palestra nuevos temas, basados en el análisis no de cifras sino de discursos, llevaron a la crisis de esta tercera generación de historiadores económicos peruanos a finales de los años ochenta.

La generación actual

Sin embargo, ya desde finales de esa misma década aparecieron nuevos, aunque escasos, practicantes de la historia económica, que trataron de colocar a la disciplina en sintonía con las ideas liberales que se imponían en el mundo de la economía y la política contemporáneas.¹⁷ Un precedente de esta corriente fue el libro que un economista italiano afincado en el país, Gianfranco Bardella, publicó en 1964 bajo el título de *Setenticinco años de vida económica en el Perú, 1889-1964*.¹⁸ A través de la historia de una empresa bancaria fundada después de la Guerra con Chile, Bardella, a la par que aportaba muchos datos novedosos acerca de las actividades productivas y financieras del país durante las décadas finales del siglo XIX y la

16 Los trabajos de algunos historiadores extranjeros, como Assadourian (1979 y 1982) acerca de la minería colonial, Long y Roberts (1984) acerca de la minería republicana, y Thorp y Bertram (1985) sobre varios sectores, como el del algodón o la pesca, fueron influyentes para romper la imagen de “enclaves” económicos de las actividades de exportación.

17 Es difícil referirse a una generación todavía en curso, por lo que esta sección debe tomarse apenas como un conjunto de especulaciones, esperamos “educadas”.

18 Bardella, funcionario asesor del Banco de Crédito, amplió esta obra veinticinco años después, con ocasión del centenario de la fundación de dicho banco (Bardella 1989).

primera mitad del XX, hizo algo que era más bien extraño entre los historiadores de la época: evaluar la acción del estado como facilitador, o lo contrario, de la actividad económica; es decir, la política económica estatal en función del desarrollo de una economía de mercado. De otra parte, un libro acompañante del nuevo espíritu, aunque no era exactamente un libro de historia económica, fue el que en 1986 publicara con gran polvareda Hernando de Soto, bajo el título de *El otro sendero*. En éste su autor inició una tarea que luego sería característica de la historia económica posterior: presentar al estado en el Perú como una institución que ha jugado un papel más bien nocivo para el desarrollo empresarial, sembrando de obstáculos los esfuerzos de los sectores empresariales del país, especialmente aquellos de orígenes populares.

En algunos casos, los temas de la nueva historia económica podían ser los mismos que los de la generación dependentista (los sectores de exportación, por ejemplo, o la burguesía real o potencial), pero ahora eran evaluados desde la óptica de un desarrollo bloqueado por un entorno económico anti-liberal y hostil a la libre empresa. Marco del Mastro (1991), por ejemplo, ilustró los esfuerzos de la agricultura algodonera peruana a finales del siglo XIX y comienzos del XX, conducida por inmigrantes italianos, y presentó una visión más bien crítica de la reforma agraria del gobierno militar de los años setenta.

Un representante interesante de esta nueva generación podría ser Alfonso Quiroz, historiador hoy afincado en los Estados Unidos. Su primer libro, *La deuda defraudada* (1987), acerca de la consolidación de la deuda interna durante los gobiernos de Castilla y Echenique, retrataba —todavía en sintonía con el esquema dependentista— una burguesía local corrupta y especuladora, sin las cualidades propias de una clase empresarial industrial y capitalista. Pero en su siguiente obra, *Banqueros en conflicto* (1989), presentaba, para otra coyuntura (la de la “reconstrucción nacional” después de la Guerra con Chile), una imagen distinta y más positiva de ese grupo social, que luego definiría mejor y enriquecería para un período más largo en un libro publicado años después en inglés (Quiroz 1993c).¹⁹ En esta obra, Quiroz evalúa el papel jugado por las finanzas (un concepto más amplio que el de la inversión) públicas, privadas y extranjeras en el desarrollo económico nacional a lo largo del siglo corrido entre 1850 y 1950. Su conclusión es aprobatoria para las privadas y desaprobatoria en cambio de las otras, sobre todo de las públicas. El buen hacer de los capitalistas privados, que incluso consiguieron la meritoria recuperación económica del Perú tras el desastre de la Guerra del Pacífico, fue estorbado y saboteado por el endeudamiento excesivo, los proyectos elefantiásicos y el desorden de las cuentas estatales.²⁰

19 Obviamente la burguesía de 1890 no era la misma de 1850, por lo que no descarto que esa transformación en efecto se haya dado objetivamente (si es que esta palabra todavía puede usarse en la historia).

20 Quiroz ha publicado también un interesante libro acerca del crédito en la época colonial (1993a), una de las raras incursiones de esta nueva historiografía en el período anterior a la independencia. En un artículo (1993b) arriesgó la hipótesis, muy al estilo “contrafáctico” de la *New Economic History* norteamericana, de que el desarrollo económico del Perú habría sido más solvente y satisfactorio en el siglo XIX si el país, como Cuba o Puerto Rico, no hubiera roto el lazo colonial con España en 1821.

Esa reivindicación de la burguesía nacional iba muy a contrapelo de lo subrayado por la historiografía dependientista, para la cual uno de los dramas del país había sido la carencia o mala calidad de nuestra clase dirigente.²¹ Dicha tendencia reivindicacionista, en cierto modo reforzada por los trabajos de Soto y de antropólogos como Jürgen Golte y Norma Adams (1987), y de esta última con Néstor Valdivia (1991) acerca de la pujanza del empresariado popular, fue afirmada también en trabajos como los de Eduardo Morón (1993) en torno a la banca de la era del guano, Felipe Portocarrero (1995) acerca del "imperio Prado", y Luis Ponce (1993) con respecto a la acción de la Compañía Nacional de Recaudación durante el período que Basadre bautizara como la "República Aristocrática".²²

La evaluación de las elites, sino en tono reivindicativo, sí en uno más comprensivo de la cultura y circunstancias del momento histórico, se extendió también para el período colonial en los trabajos de Rafael Varón (1996) sobre el clan de los Pizarro en la conquista del Perú; de Francisco Quiroz (1995) en torno a los gremios de artesanos; de Susana Aldana (1988, 1999) sobre los empresarios y comerciantes del norte peruano; y de Margarita Suárez (1995, 1997) y Cristina Mazzeo (1994) acerca de los banqueros y mercaderes coloniales.²³ Después de haber publicado un libro con estudios acerca de la formación del mercado interno colonial (1989), un tema caro a la historiografía anterior, Luis Miguel Glave ingresó después a una senda poco explorada, como fue el intento de incrustar las cuestiones económicas en el entramado de las luchas sociales y las estructuras mentales en el virreinato peruano del siglo XVII, en una suerte de historia total (Glave 1998).

El juicio más indulgente respecto al papel de la burguesía nacional y más severo respecto del estado fue desarrollado asimismo por Carlos Boloña (1994), en su trabajo sobre la política de aranceles del comercio exterior a lo largo del siglo corrido después de la Guerra del Pacífico. Dicha política tuvo como característica su práctica inexistencia, oscilando entre el liberalismo más o menos abierto de las décadas de 1910-20 o 1950, y el proteccionismo cerrado de fines del siglo XIX o las décadas de 1960-70. Un vaivén tan extremo desconcertó y resultó en un marco inadecuado para las decisiones de inversión de la clase empresarial, empujándola más bien a una actitud defensiva y especulativa. La incursión de los economistas en la investigación histórica llevó en cualquier caso a cierta desideologización del juicio, ganando cuerpo la descripción cuantitativa y la discusión en torno a lo que era factible y racional desde el punto de vista de los intereses de los actores, como puede apreciarse, por ejemplo, en los trabajos dirigidos por Christine Hünefeldt y Augusta Alfageme (Hünefeldt et al. 1992; Alfageme et al. 1992) en torno a la política monetaria peruana entre la independencia y 1930.

21 Véase especialmente Bonilla (1974).

22 Alfonso Quiroz (1989) ha rechazado esta etiqueta de Basadre, señalando que los dirigentes del Perú de 1900 a 1920 no eran aristócratas con nostalgias virreinales, sino empresarios de orígenes más bien recientes y que sustentaban ideas modernas y progresistas.

23 Dos trabajos interesantes producidos en la década de 1990 y que se apartan de los patrones historiográficos generales descritos para la última generación, son los de Carlos Lazo (1992), acerca de la moneda colonial, y de Héctor Noejovich (1996), en torno al tributo prehispánico y colonial temprano. Ambos cuentan con una gran base cuantitativa.

Dos líneas de reflexión se desprenden de los nuevos trabajos citados. Una es la no aceptación de una presunta identidad entre estado y burguesía a lo largo de la historia republicana: el estado peruano *no representó* los intereses de la clase propietaria o dirigente en el plano económico, sino que o bien encarnó sólo a una fracción de ella, o sino a los intereses de caudillos erráticos o partidos y corporaciones populistas. La segunda es la aplicación a la historia económica del razonamiento económico neoclásico.²⁴ De la clase burguesa o llamada a serlo se deben esperar conductas y reacciones *racionales* frente al escenario que enfrentan, no las conductas nacionalistas o patrióticas que el historiador quisiera. Así, en la coyuntura de la era del guano era perfectamente racional que los “consolidados” de Alfonso Quiroz no invirtieran en levantar una base industrial o en desarrollar una moderna minería de exportación, sino más bien en especular con créditos al estado o enviar su dinero al exterior, que fue precisamente lo que hicieron.

Una tercera línea, aún poco nítida, ha sido el intento de continuar con la reconstrucción de la estadística económica del país iniciada en los años setenta por Pablo Macera, o por economistas peruanos y extranjeros como Shane Hunt, Albert Berry y Daniel Schyldowsky. Carlos Boloña (1994) y Bruno Seminario y Arlette Beltrán (1998) han presentado propuestas cuantitativas del producto bruto interno del país para la primera mitad del siglo XX, para que “enganchen” con las cifras oficiales ofrecidas por el Banco Central de Reserva desde 1942. Felipe Portocarrero, Arlete Beltrán, María Elena Romero y Luis Torrejón han colaborado en distintas oportunidades (Portocarrero y Torrejón 1992a, b; Portocarrero, Romero y Beltrán 1992) y ofrecido cifras acerca de la inversión, riqueza privada y el gasto público en la primera mitad del siglo XX. Mientras tanto, Carlos Lazo (1992) y Pablo Macera (1992) presentaron cifras acerca de la acuñación monetaria colonial y la evolución de los precios, respectivamente.

La reactualización de la historia económica en la coyuntura actual dependerá, en gran medida, de la habilidad de sus practicantes para conectar sus trabajos con los dilemas que el país enfrenta, precisamente la clave de la popularidad de esta disciplina en la generación anterior. Creo que la situación de cambio político y recesión económica que el país vive al comenzar este nuevo siglo ofrece un clima propicio para ello, ya que es en coyunturas semejantes que las miradas y reflexiones efectuadas a partir de la comprensión del pasado resultan tan bienvenidas como certeras.

24 Un importante precedente de ello fue el trabajo de Juan Martínez Alier (1974), economista catalán, sobre los “huacchilleros” de la sierra central, cuya resistencia al capitalismo derrotó la posibilidad de una modernización agraria en la región.

Bibliografía

- Adams y Valdivia 1991.
 Aldana Rivera 1988, 1999.
 Alfageme, Gálvez, Ponce y Troncoso 1992.
 Amayo 1988.
 Assadourian 1979, 1982.
 Bardella 1964, 1989.
 Barreto y Moll 1943.
 Basadre 1937b, 1945.
 Boloña 1994.
 Bonilla 1967-68, 1974, 1977, 1980.
 Bonilla, ed., 1986.
 Bonilla y Spalding 1972.
 Burga 1976.
 Burga y Reátegui 1981.
 Caballero 1981.
 Camprubí 1957, 1960-1961, 1964, 1967.
 Caravedo 1976a, 1976b, 1978.
 Dancuart y Rodríguez 1905-26.
 Dávalos y Lissón 1919-26.
 Deustua 1986.
 Esteves 1882.
 Fisher 1977b.
 Flores Galindo 1977.
 Flores Marín 1987.
 Garland 1905.
 Glave 1989, 1998.
 Glave y Remy 1983.
 Golte y Adams 1987.
 Gootenberg 1998.
 Hünefeldt, Alfageme, Gálvez y Deustua 1992.
 Hunt y Macera 1977.
 Jacobsen 2002.
 Klarén 1976² (1ra. ed., 1970).
 Lazo 1992.
 Lohmann Villena 1949, 1966a, 1968, 1969, 1976a.
 Long y Roberts 1984.
 Macera 1971, 1974, 1977, 1992.
 Manrique 1987.
 Mariátegui 1928.
 Martínez Alier 1974.
 Mastro 1991.
 Mazzeo 1994.
 Montoya 1980.
 Moreyra Paz Soldán 1980, 1994.
 Morón 1993.
 Noejovich 1996.
 Palacios Moreyra 1983.
 Pease G.Y. 1993a, 1995b.
 Ponce 1993.
 Portocarrero, F. 1995.
 Portocarrero y Torrejón 1992a, 1992b.
 Portocarrero, Romero y Beltrán 1992.
 Portocarrero, G. 1983.
 Quiroz, F. 1995.
 Quiroz, A. 1987, 1989, 1993a, 1993b, 1993c.
 Reyes Flores 1999.
 Rodríguez 1895.
 Roel Pineda 1970, 1971.
 Romero 1949.
 Salas de Coloma 1979, 1998.
 Seminario y Beltrán 1998.
 Silva Santisteban 1964.
 Soto (en colaboración con Ghersi y Ghibellini) 1986.
 Suárez 1995, 1997.
 Tantaleán 1983.
 Thorp y Bertram 1985.
 Tord y Lazo 1981.
 Trelles 1983.
 Ugarte 1926.
 Varón Gabai 1996.
 Wachtel 1976.
 Yepes del Castillo 1972.